

¡Salve, verdadero Cuerpo nacido de María Virgen!

Hay un himno latino, no menos querido que el *Adoro te devote* para la piedad eucarística de los católicos, que evidencia el vínculo entre la Eucaristía y la cruz, el *Ave verum*. Compuesto en el siglo XIII para acompañar la elevación de la Hostia en la Misa, se presta igualmente bien para saludar la elevación de Cristo en la cruz. Son apenas cinco versos, cargados sin embargo de mucho contenido:



*¡Salve, verdadero cuerpo nacido de María Virgen!
Verdaderamente atormentado e inmolado en la cruz por el hombre.
De tu costado traspasado brotó agua y sangre.
Sé para nosotros prenda en el momento de la muerte.
¡Oh Jesús dulce, oh Jesús piadoso, oh Jesús, hijo de María!*

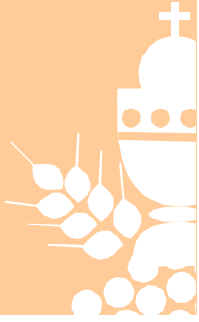
El primer verso proporciona la clave para comprender el resto. Berengario de Tours había negado la realidad de la presencia de Cristo en el signo del pan, reduciéndola a una presencia simbólica. Para quitar todo pretexto a esta herejía, se comienza por afirmar la identidad total entre el Jesús de la Eucaristía y el de la historia. El cuerpo de Cristo presente en el altar es definido «verdadero» (*verum corpus*) para distinguirlo de un cuerpo puramente «simbólico» e incluso del cuerpo «místico» que es la Iglesia.

Todas las expresiones siguientes se refieren al Jesús terrenal: nacimiento de María, pasión, muerte, traspasamiento del costado. El autor se detiene en este punto; no menciona la resurrección porque ésta podría hacer pensar en un cuerpo glorificado y espiritual, y por lo tanto no lo suficientemente «real».

La teología ha vuelto hoy a una visión más equilibrada de la identidad entre el cuerpo histórico y el eucarístico de Cristo e insiste en el carácter sacramental, no material (si bien real y sustancial) de la presencia de Cristo en el sacramento del altar.

Pero, aparte de esta diferente acentuación, permanece intacta la verdad de fondo afirmada por el himno. Es el Jesús nacido de María en Belén, el mismo que «pasó haciendo el bien a todos» (Hch 10,38), que murió en la cruz y resucitó al tercer día, el que está presente hoy en el mundo, no una vaga presencia espiritual suya, o, como dice alguno, su «causa». La Eucaristía es el modo inventado por Dios para ser para siempre el «Emmanuel», Dios-con-nosotros.

Tal presencia no es una garantía y una protección sólo para la Iglesia, sino



para todo el mundo. «¡Dios está con nosotros!». Esta frase nos atemoriza y ya casi no nos atrevemos a pronunciarla. Se le ha dado a veces un sentido exclusivo: Dios está «con nosotros», se entiende no con los demás, es más, está «contra» los demás, contra nuestros enemigos. Pero con la venida de Cristo todo se ha hecho universal. «Dios ha reconciliado al mundo consigo en Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres» (2Co 5,19). Al mundo entero, no a una parte; a todos los hombres, no a un solo pueblo.

«Dios está con nosotros», esto es, de parte del hombre, es su amigo y aliado contra las fuerzas del mal. Es el único que personifica todo y solo el frente del bien contra el frente del mal. Esto daba la fuerza a Dietrich Bonhoeffer, en la cárcel y en espera de la sentencia de muerte por parte del «poder malo» de Hitler, de afirmar la victoria del poder bueno:

Envueltos de maravilla por fuerzas amigas
esperamos con calma lo que ocurra.
Dios está con nosotros en la noche y en la mañana,
estará con nosotros cada nuevo día.

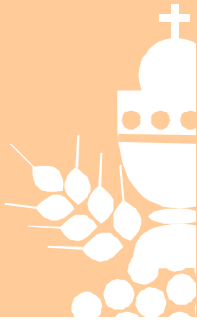
Tras el saludo llega, en el himno, la invocación: *Esto nobis praegustatum mortis in examine*. Sé para nosotros, oh Cristo, prenda y anticipo de vida eterna en la hora de la muerte. Ya el mártir Ignacio de Antioquía llamaba la Eucaristía «medicina de inmortalidad», esto es, remedio a nuestra mortalidad [2]. En la Eucaristía tenemos «la prenda de la gloria futura»: «*et futurae gloriae nobis pignus datur*».

Algunas investigaciones han revelado un hecho extraño: hay, también entre los creyentes, personas que creen en Dios, pero no en una vida para el hombre después de la muerte. ¿Pero cómo se puede pensar algo así? Cristo, dice la Carta a los Hebreos, murió para procurarnos «una redención eterna» (Hb 9,12). ¡No temporal, sino eterna!

Se objeta que nadie ha vuelto jamás del más allá para asegurarnos que existe de verdad y que no se trata sólo una piadosa ilusión. ¡No es cierto! Hay uno que cada día vuelve del más allá para asegurarnos y renovar sus promesas, si sabemos escucharle. Aquél hacia el cual estamos encaminados nos sale al encuentro en la Eucaristía para darnos una muestra (*praegustatum!*) del banquete final del reino.

Debemos gritar al mundo esta esperanza para ayudarnos a nosotros mismos y a los demás a vencer el horror que nos provoca la muerte y reaccionar al sombrío pesimismo que flota en nuestra sociedad. Se multiplican los diagnósticos desesperados sobre el estado del mundo: «un hormiguero que se desmorona», «un planeta que agoniza»... La ciencia traza con detalles cada vez mayores el posible escenario de la disolución final del cosmos. «Se enfriará la tierra y los demás planetas, se enfriará el sol y las demás estrellas, se enfriará todo... Disminuirá la luz y aumentarán en el universo los agujeros negros... La expansión un día se agotará y comenzará la contracción y al final se asistirá al colapso de toda la materia y de toda la energía existente en una estructura compacta de densidad infinita. Ocurrirá entonces el *Big Crunch* o gran implosión, y todo volverá al vacío y al silencio que precedió a la gran explosión o *Big Bang*, de hace quince mil millones de años...».

Nadie sabe si las cosas se desarrollarán verdaderamente así o de otra



forma. En cambio la fe nos asegura que, aunque así fuera, no será ese el final total. Dios no ha reconciliado al mundo consigo para abandonarlo después a la nada; no ha prometido permanecer con nosotros hasta el fin del mundo para después retirarse, solo, en su cielo, cuando este fin acontezca. «Con amor eterno te he amado», dijo Dios al hombre en la Biblia (Jr 31,3), y las promesas de «amor eterno» de Dios no son como las del hombre.

Padre Raniero Cantalamessa.

(Extracto de la Meditación pronunciada por el Padre Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, en la celebración de la Pasión del Señor Viernes Santo (25-03-2005) en la Basílica de San Pedro, en el Vaticano):

Verbum Domini

En aquel tiempo, criticaban los judíos a Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían:

— ¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre?, ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo? Jesús tomó la palabra y les dijo: — No critiquéis. Nadie puede venir a mi sí no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: «Serán todos discípulos de Dios».

Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida.

Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.

Este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

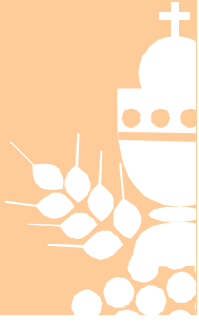
Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. (Jn 6, 41-52)

Vox Summi Pontifex



La Eucaristía no puede ser nunca un hecho privado, reservado a personas escogidas según afinidades o amistad. La Eucaristía es un culto público, que no tiene nada de esotérico, de exclusivo. Nosotros, esta tarde, no hemos elegido con quién queríamos reunirnos; hemos venido y nos encontramos unos junto a otros, unidos por la fe y llamados a convertirnos en un único cuerpo, compartiendo el único Pan que es Cristo. Estamos unidos más allá de nuestras diferencias de nacionalidad, de



profesión, de clase social, de ideas políticas: nos abrimos los unos a los otros para convertirnos en una sola cosa a partir de él. Esta ha sido, desde los inicios, la característica del cristianismo, realizada visiblemente alrededor de la Eucaristía, y es necesario velar siempre para que las tentaciones del particularismo, aunque sea de buena fe, no vayan de hecho en sentido opuesto. Por tanto, el *Corpus Christi* ante todo nos recuerda que ser cristianos quiere decir reunirse desde todas las partes para estar en la presencia del único Señor y ser uno en él y con él.

El segundo aspecto constitutivo es *caminar con el Señor*. Es la realidad manifestada por la procesión, que viviremos juntos después de la santa misa, como su prolongación natural, avanzando tras Aquel que es el Camino. Con el don de sí mismo en la Eucaristía, el Señor Jesús nos libra de nuestras "parálisis", nos levanta y nos hace "*pro-cedere*", es decir, nos hace dar un paso adelante, y luego otro, y de este modo nos pone en camino, con la fuerza de este Pan de la vida. Como le sucedió al profeta Elías, que se había refugiado en el desierto por miedo a sus enemigos, y había decidido dejarse morir (cf. 1 R 19, 1-4). Pero Dios lo despertó y le puso a su lado una torta recién cocida: "Levántate y come —le dijo—, porque el camino es demasiado largo para ti" (1 R 19, 5. 7). Benedicto XVI

Salutaris

Te adoro con devoción, Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas apariencias.
A Ti se somete mi corazón por completo,
y se rinde totalmente al contemplarte.

Al juzgar de Ti, se equivocan la vista, el tacto, el gusto;
pero basta el oído para creer con firmeza;
creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios:
nada es más verdadero que esta Palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la Divinidad,
pero aquí se esconde también la Humanidad;
sin embargo, creo y confieso ambas cosas,
y pido lo que pidió aquel ladrón arrepentido.

No veo las llagas como las vió Tomás
pero confieso que eres mi Dios:
haz que yo crea más y más en Ti,
que en Ti espere y que te ame.

¡Memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo que das vida al hombre:
concede a mi alma que de Ti viva
y que siempre saboree tu dulzura.

Señor Jesús, Pelícano bueno,
límpiame a mí, inmundo, con tu Sangre,
de la que una sola gota puede liberar
de todos los crímenes al mundo entero.

Jesús, a quien ahora veo oculto, te ruego,
que se cumpla lo que tanto ansío:
que al mirar tu rostro cara a cara,
sea yo feliz viendo tu gloria. Amén



Imágenes: www.esprit-photo.com